

# Cinco artículos

Benjamín Jarnés

## Dos hombres de acción

### I

¿Estos dos nuevos libros de Pío Baroja, son, en efecto, nuevos? ¿No vemos en ambos al mismo Avinareta, el mismo asomarse y huir de los personajes –apenas esbozados, muchos, y ya perdidos de vista–, la misma cadena de intrigas entre rústicas y cortesanas, el mismo compás de marcha –seco, brusco–, el mismo ideario agresivo, desnudo, sarcástico?

A estas preguntas podríamos contestar con gran parte de los lectores:

–Pues, sí. Las *Memorias de un hombre de acción* de las cuales estos recientes libros –*Los confidentes audaces* y *La venta de Mirambel*– son una continuación, me parecen siempre nuevas. Como el siglo XIX –ciertos pintorescos andurriales del siglo XIX– nunca tuvieron cronista más personal, y se trata de un siglo inagotable, corremos el albur de seguir leyendo fragmentos de esa crónica durante mucho tiempo. Tan personales como nuevos. A no ser que Avinareta, al revelarse totalmente en la biografía que de él va a publicar el mismo autor de las *Memorias*, se decida a acabar sus novelescos trapicheos con la historia. ¿Veremos entonces, ya definitivamente perfilado, al auténtico Avinareta? ¿Se resignará, por lo tanto, a no correr otras aventuras? La historia –fosca dueña– le echará la llave. El autor no se decidirá ya a exhibirlo por fragmentos; pero ¿es seguro que no deje parientes de igual nervioso pulso, continuadores de la admirable crónica?

No hay que exigir aventureros inéditos, hazañas desconocidas, prolongaciones temáticas inusitadas, para afirmar la novedad de cada libro de Baroja. El hombre, el autor, es quien ha de darnos a lo largo de la más extensa obra, esta impresión de novedad. Y Baroja la da, como la da todo autor viviente –se habla aquí de una potencia creadora–. Vida arbitraria, caprichosa, de ritmo violento, en nada comparable con ese místico vivir ruso, con ese «subhombre» entre mendigo y misionero, que a veces recuerdan nuestros críticos al hablar de Baroja...

Nada menos ruso que un héroe de *Memorias* o del resto de los libros barojianos. Son hombres españoles, con todas sus lacras, también con no

pocas bellezas. Tienen los hombres y «subhombres» rusos demasiadas cualidades de apóstol. Padecen furiosos ataques de mesianismo. Mientras los personajes de Baroja no conocen la homilía. A veces hablan por los codos, pero sus diálogos –lo menos vital de las novelas de Baroja– prefieren agazaparse en los prólogos, en esos prólogos donde el autor se empeña en explicarnos los «primeros principios» de la obra. (¡Sabrosa puerilidad!). Como sucede en el prólogo de *Los confidentes audaces*, donde se nos da la definición del «confidente». Sus clases, características de cada clase... Fauna bien conocida por Baroja.

## II

La revista *Europe* ha publicado un artículo acerca de Baroja. En él se lamentaba su autor –Felipe Souppault– de lo poco conocido que era en Francia este cronista incansable del siglo XIX. El artículo llevaba por título: *El aislamiento de Pío Baroja*. Años antes, uno de nuestros más certeros críticos literarios –Fernando Vela– decía, al hablar de los personajes de *El laberinto de las sirenas*:

«Parece que para su convivencia se necesitaría que cada uno de ellos fuese un Baroja, amigo del tipo y de la anécdota. De esta novela, como de otras del mismo autor, emana una terrible sensación de misantropía y soledad.»

Baroja vive aislado aun en sus mismos personajes. Todos ellos echan a andar por la novela ante la indiferencia del propio autor, sin lograr nunca apasionarle. Por no haberse enamorado de ninguno de sus héroes, hizo acaso desfilar tantos por sus libros. No siente predilecciones, no conoce dudosas ternuras paternales. Su obra es un mundo de estrellas errantes, sin satélites afectivos. No es creador –él, «hombre humilde y errante»– de remansos psíquicos. Se nos escurre, se nos va, quizá burlándose del lector, después de burlarse de sí mismo. Gran pesimista. «Pesimismo, profundidad, dureza, sequedad, probidad, tales son los diversos matices que ofrece la obra de Baroja –dice Souppault–. Pero lo más potente en este escritor es, ante todo, su admirable clarividencia y la facultad que posee de ver en profundidad. No es el escritor capaz de vivir y hacer vivir masas, sino el hombre que observa un solo individuo, que le sigue implacablemente, describiéndolo sin desfallecimientos, sin prejuicios, sin indulgencia.»

Baroja escribe al margen de su tiempo, como escribía Gabriel Miró. Anacoretas ambos, en medio de la sociedad, prefirieron extraer sus paisajes,

sus temas, del tiempo pasado (tan idos son Belén y Herodes como Zumalacarregui y Vergara. Tomaron del tiempo y de la historia la porción que mejor cuadraba con su intención artística. No les satisfizo el presente. ¡Máximo pesimismo! Por ello nada, en el terreno novelesco, hay por qué reprocharles).

Antes Baroja, en recientes libros, renovó su gran tema del mar, iniciado en *Las inquietudes de Shanti Andía*. Un mar rebañado de falso lirismo, repleto de sugerencias patéticas, rebosante de peripecias sombrías, donde se acentúa el pesimismo del autor. En algunas de ellas tal desnudez, tal desgarró de carne crispada, llegan a producir terror. Terror, no del libro, no de la novela, sino del hombre, de estos hombres sin freno que cruzan el mar, indiferentes a todo, excepto a la satisfacción de sus brutales apetitos. El capitán Chimista —que actúa en los anteriores libros— realiza el tipo de «hombre de acción» tan grato a Baroja. Es el Avinareta del mar. Por tierra o por mar, su humorismo se tiñe de igual color. Su hosco ceño es el mismo. Pero yo lo prefiero sobre cubierta.

### III

Baroja y Avinareta: dos hombres de acción. Andan uno tras otro por esos archivos y esos pueblos de España, sin dejar señales de fatiga. De pronto, Baroja pierde a Avinareta, pero tropieza —en Mirambel— con el último templario. Y en Mirambel se detiene a recoger la nueva cosecha humana. Allí está Sotavientos, «un jorobadillo muy malicioso y muy original, que hacía de bufón. Sotavientos estaba encorvado y por su enfermedad iba encorvándose cada vez más. Para comprobar si su encorvamiento aumentaba o no llevaba un aplomada en el bolsillo y se la ponía en la punta de la nariz y medía la distancia entre su nariz y el suelo. Si ésta no disminuía quedaba contento, porque aseguraba que cuando la distancia se acortara hasta llegar a una marca que había hecho en el braman-te, moriría...» (¿De dónde saca Baroja esos raros ejemplares de faunas extinguidas?).

Pío Baroja, hombre de acción, como Balzac y Stendhal. Gran excavador de ejemplares humanos desaparecidos. Enorme aguafuertista. Galvanizador de realidades mudas, inertes, al parecer insignificantes. De realidades que luego, implacablemente, sufren la acción del negro corrosivo novelesco.

«Letras», *La Vanguardia*, 22 de febrero de 1931

## Homenaje a Gabriel Miró

### I

Si alguna vez comparé el poema a un grumo de capitel y la novela a la faja historiada de un friso, fue pensando en la alta y dura serenidad poética de los libros de Miró. Una madeja de sucesos se va lentamente desarrollando en ellos, cristalizando en rítmicos escorzos. Funde Miró sus figuras en estos preciosos bajorrelieves, apagando todo grito, todo ademán desmesurado. Ni un brazo se adelanta, agresivo, ni una cabeza encrespada rompe tanta armonía. Es difícil señalar el héroe en un friso, como es difícil señalarlo en una novela de Miró.

¿Quiere esto decir que en sus novelas pocas veces tropezaremos con el gran gesto, con lo extraordinario? Tal vez. (El mismo Cristo de sus admirables *Figuras de la Pasión*, Cristo de «estampa» –como el autor llamó a aquellas páginas– se incrusta, se sume en el resto de las «figuras» como un detalle más del friso). Pero esto requiere una pronta aclaración. Entiendo hoy por «extraordinario» ese gran figurón o ese gran acontecimiento que solemos ver con tanta frecuencia en las novelas mercantiles. Miró no quiso manipular con ciertas formas de invitación al sollozo. Nunca nos puso al pecho ningún cañón de pistola sentimental. Sus novelas no tienen esos concertantes emotivos, rotos por un angustioso calderón. Lo «extraordinario» en estas novelas es precisamente lo «ordinario». Lo ordinario, limpio de toda trivialidad.

He aquí el héroe de los libros de Miró: lo ordinario, hecho materia artística. Y la más plausible calidad del autor es haber llegado –heroicamente– a esa transformación. Porque no hay lucha más dolorosa. La realidad cotidiana acosa al novelista, abrumándole con sus pellas de barro y él, en vez de evadirse, le hace frente, le busca su costado más puro. Toda la obra de Miró es una tenaz refriega en el suceso trivial, con algún mezquino gesto de sus héroes. Sorprende no verlo descender nunca al grueso trazo de la caricatura, ni a los sótanos de la turbia sensualidad.

Con estar toda esta obra empapada de sensualidad.

### II

Sensualidad en la materia, voluptuosidad en la elaboración, en la técnica. Releímos –para conmemorar la fecha del aniversario– *El obispo leproso*, uno de los últimos libros de Gabriel Miró. En él opera con la misma peque-